

# EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Diciembre 10 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 19.

## EL CRÍMEN DE BERNARDINO

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

I

(Conclusion.— Véase el número anterior.)

IV

LOS ensayos iban muy bien. Contaban con un éxito enorme. También es verdad que nunca habían visto á un director de escena tan maravilloso como Bernardino Morel. Había oído leer la pieza á los autores con atención sostenida. Apenas hizo algunas observaciones de detalle. Al principio creyeron que de nada serviría. Mientras duró la comprobación de los papeles y el trabajo en el foyer, Bernardino no dijo esta boca es mía. Permanecía en un rincón, sentado en una banqueta de cuero, inmóvil, con la mirada fija. Los actores habían empezado por mirarle con curiosidad. Luego, poco á poco, se acostumbraron á él. Le daban la mano, le hablaban como á todo el mundo.

—¡Buenos días, amigo Bernardino!—¿Cómo va esa salud, Bernardino?—le decían con la familiaridad cortés de entre bastidores.

El asesino de Rueil, el hombre acabado por su conciencia, pasaba por allí como si nada viese, como si no oyese nada. La brusca antítesis de su vida solitaria y de aquella vida de teatro no le sorprendía. Seguía siendo el mismo, lúcido y alucinado á la vez. Ya creía Chesnel haber hecho un mal negocio, cuando Bernardino se reveló súbitamente. Acababan de poner en escena el tercer acto. Andaban tanteando, vacilando, cuando Bernardino salió precipitado de entre bastidores, exclamando:

—¡No, nó, así no sucedió!

Y entonces, con una claridad maravillosa, empezaba de nuevo todo el trabajo que había hecho el director de escena.

Precisaba los detalles, indicaba de una manera sorprendente los celos, la cólera de Juan Morel hasta el día en que la ira en su colmo le impulsaba á cometer el crimen. Le daba consejos admirables á la actriz que hacía el papel de Albertina. En cuanto á su propio personaje, lo miraba de una manera tan prodijiosa, encontraba entonaciones tan cómodoras, que Chesnel se frotaba las manos diciendo:

—¡Un efecto colosal! Subiré el precio de las localidades!

Un día se acatarró el artista encargado del papel de Bernardino y pidió licencia por dos días. Chesnel quiso que el apuntador ensayase por él. Bernardino se opuso á ello. El mismo se encargó del papel y ensayó. Entonces causaba pavor tanta verdad. Todos los terrores que frecuentaban el cerebro del desdichado, todos los espantos que le enloquecían, puso todo aquello en su mímica en su voz, en sus gestos.

Los otros cómicos estaban estupefactos. Jamás habían visto representar el drama con tanto poder; jamás habían visto á un actor conseguir efectos tan intensos. Uno de ellos llegó hasta el punto de asustarse delante de Bernardino: el que hacía el papel de víctima. Era un mozo muy joven, que recién salía del conser-

vatorio, algo tímido, y [muy a propósito para representar en el teatro el papel de amante de Albertina. Se llamaba Dalbert y estaba lleno de alegría á causa de su estreno. Pero cuando vió ensayar á Bernardino su alegría disminuyó mucho.

Temblaba mientras duraba el ensayo. La actriz que hacía de Albertina, una chica rubia, llamada Maria Deschamps, muy coqueta y bastante monona, procuraba tranquilizarle. Aquello no iba á durar. El otro sanaría de su catarro, y todo volvería al órden. Ni uno ni otro preveía lo que iba á suceder.

Chesnel no vacilaba nunca cuando veía un medio de ganar dinero: después de un ensayo, le dijo un día á Bernardino:

—Ven á mi gabinete, amigo Morel; tengo que hablar contigo.

Y cuando estuvieron solos:

—No es eso todo. Eres realmente maravilloso. Yo deseo que tú representes. Te daré un vale de quinientos francos por representación: cincuenta representaciones aseguradas. ¿Te conviene?

—¡Si le convenía! Nunca hubiera ambicionado el infeliz tan gran favor. Desde que representaba en lugar del actor enfermo, sentía un gran alivio en su alma. Parecía que se cansaba el remordimiento y que perseguía menos activamente á su víctima. Todas las noches daba sus acostumbrados paseos siniestros, pero sus terrores no eran tan grandes. También eran menos horripilantes sus pesadillas.

Los ensayos duraron cincuenta días. Durante ese tiempo Bernardino Morel fué feliz. Desde que supo que el papel le pertenecía, desde que pudo ensayar todos los días, su enfermedad psicológica cesó de pronto. Por la mañana se levantaba temprano y se paseaba para hacer ejercicio.

Almorzaba alegremente y era el primero que llegaba al teatro. Solo entonces le invadía una especie de fiebre. Pero ésta no se aplicaba más que á la pieza, á la *mise en scène* de la misma, á los artistas que tomaban parte en ella. En el ensayo trabajaba enormemente, no solo por su papel, sino también por los de los demás. Y todos los días producía el mismo efecto en los actores, en los maquinistas, en los bomberos, que alargaban la cabeza, curiosos para ver y oír mejor. Después del ensayo, Bernardino volvía á calmarse y entraba en su dulzura habitual. Algunas veces bajaba al café con los otros. Todos veían en él á un buen compañero, salvo Dalbert, que no podía conseguir tranquilizarse. En vano procuraba calmarle Maria Deschamps.

—¿Por qué tienes miedo? No seas bobo, no te va á comer.

El otro meneaba la cabeza poco convencido.

Una vez terminado el ensayo, Bernardino se iba á su casa. Ya no caminaba hasta la casa del viejo Virgilio, como antes; ya no daba sus horribles paseos. Habían pasado ya aquellos malos tiempos. Lo que hacía entonces, después de comer, era irse á un cafetín de la *rue du Bac*, donde desconocían su nombre. Y allí pasaba las primeras horas de la noche como pacífico ciudadano modestamente arrentado. Su carácter se suavizaba cada vez más. Era cortés y amable con todos. Por eso le dijo Maria Deschamps una vez:

—Sea Ud. bueno con Dalbert; ese muchacho le ha tomado á Ud. miedo.

Bernardino se sorprendió mucho y desde aquel momento se mostró particularmente amable hacia Dalbert. Le habló con mucho afecto y le invitó a comer dos ó tres veces. Tanto, que el joven cómico se tranquilizó poco á poco y llegó á perder enteramente el miedo.

Amaneció por fin el famoso día. Todo estaba admirablemente preparado para el buen éxito de la obra. En los boulevares, en todos los teatros, en los diarios, en las reuniones literarias, en todas partes se hablaba mucho del *Crime de Rueil*; augurándole un gran éxito. El estreno de Bernardino Morel, sobre todo, excitaba la curiosidad en alto grado. Se discutía con anticipación. Unos encontraban escandalosa aquella exhibición, otros por el contrario decían que era una tentativa original. Sabíase, por las indiscreciones de entre bastidores, que Bernardino estaría maravillado. En cuanto á la obra, los artistas convenían en que era conmovedora. Y la curiosidad crecía en ese París estragado, cuya atención no se consigue fijar mas que á fuerza de reclamo. Tanto crecía, que Chesnel no quiso permitir la entrada á nadie para el ensayo general. A nadie, ni aun á esos célebres críticos que hacen sus juicios al día siguiente.

Era una clara mañana del mes de Octubre cuando los transeuntes pudieron leer en enormes carteles sembrados en todo París el anuncio de la primera representación. Durante el día se agió con los boletos de una manera increíble. A las seis de la tarde se cotizaban las tertulias de orquesta á 25 lises. A las ocho estaban á 50. A las ocho y cuarto empezaba á entrar la gente. ¡Qué sala! todas las notabilidades parisienses estaban allí. Por primera vez acudían los espectadores á una nueva representación del teatro de las Fantaisies-Parisiennes con el mismo traje de una primera en la comedia francesa. Todas aquellas gentes, acostumbradas á encontrarse en semejantes circunstancias, se miraban con aire particular, como diciendo:

—¡Parece que va á ser sorprendente!

Entretanto, todo marchaba muy bien en la escena. Bernardino Morel había sido muy puntual, como de costumbre. Nunca se hacía muy visible, ni aun aquella noche. A las siete de la noche entró discretamente en su camarín, dió más luz á los picos de gas y se sentó delante del espejo. En un estante estaban los colorines y demás aditamentos que usan los actores para arreglar se la cara.

—¿Me necesitas para alguna cosa, Morel mio? le preguntó María Deschamps al pasar por el corredor.

—Gracias, señorita, contestó él, no habiendo querido nunca hacer uso de la confianza de sus compañeros.

—No te vas á poder arreglar la cara, dijo la chica rubia.

Y con delicadeza, ella metía la pata de liebre en los tarros de rojo y blanco, pasándola en seguida por la cara de Bernardino, que cedía sonriéndose. Nunca se le había visto de tan buen humor. Brillaba en sus ojos una franca alegría. Hasta se vestía con brio. Y la gente de teatro creía que la idea de su buen éxito le embriagaba algún tanto. Por la puerta entreabierta llegaba hasta él el ruido alegre de entre bastidores, esa animación especial de los días de primeras representaciones. Las idas y venidas, la costurera que pasa, la peinadora que se inquieta, una mezcla de exclamaciones de todas clases: «Estoy segura que mi bata *del dos* no me sentará bien.» O bien: «¡Buena está, mi peluca es demasiado rubia!» Y de vez en cuando la voz grave del anunciador que decía desde el extremo del corredor, en lo alto de la escalera:

—¡Señoras y caballeros, vamos á empezar!

Pero no acababan de empezar. El inteligente Chesnel se complacía en hacer esperar al público. Eran las nueve menos cuarto cuando el director de escena dió los tres golpes solemnes.

En aquel momento el joven Dalbert entraba en el camarín de Bernardino para ver si su compañero estaba listo. Se quedó como clavado en el dintel de la puerta. El cómplice de Juan y

Adelina Morel dormía tranquilamente: Medio recostado en la silla, con la cabeza apoyada en la mano, una sonrisa de contento en los labios. Bernardino vagaba por las regiones de los sueños. Este hombre, tan torturado durante tantas semanas, parecía en plena posesión de su reposo mental. Dormía como un hombre feliz, sin ningún cuidado, sin ninguna tristeza. Dalbert contó aquello á todo el que lo quiso oír. La gente de teatro no salía de asombro. Aquel no se preocupaba de sus estrenos. Tuvieron que despertar á Bernardino para anunciarle que se acercaba el momento de entrar en escena.

En el final del primer acto, Bernardino no tenía que salir en él. Pero, desde que empezaba el segundo, llenaba toda la pieza. La primera escena del segundo acto, era muy violenta: los dos hermanos estaban en las tablas, Juan contaba sus enojos, su cólera, sus celos, concebía el crimen y le suplicaba á Bernardino que le ayudara. Cuando éste salió se produjo un prolongado movimiento en la sala; causó un estremecimiento general, hasta el punto de tenerse que interrumpir la representación durante cinco minutos, felizmente para Bernardino, pues poco faltó para que se enfermara; sentía una impresión extraordinaria. Aquella sala atestada de gente, aquellas mil quinientas cabezas vueltas hacia él, aquella luz deslumbrante le hacían perder el juicio repentinamente. Pero no tardó en reponerse. Y en seguida con una aspereza instintiva, desempeñaba su papel ante el creciente estupor del público. Ya no era un cómico, sino un hombre; sus sentimientos no eran ficticios, eran pasiones reales. Bernardino Morel hacía el papel de Bernardino Morel no como lo hubiera hecho un artista en el teatro, sino como él mismo lo había hecho en la vida real. Y poco á poco se iba operando en el cerebro de aquel hombre un nuevo desequilibrio. Volvía á ser el cómplice y el asesino. No tenía en su presencia meros artistas encargados de interpretar la obra. Veía á Juan Morel, á Albertina Morel, á seres humanos lanzados en pleno drama; drama en que él tenía su parte que volvía á ejecutar repentinamente en las tablas.

Cuando cayó el telón después del segundo acto, todos los espectadores se levantaron, prorrumpiendo en frenéticos bravos. El efecto producido en los artistas durante los ensayos se reprodució en el público aquella noche. La sobriedad en su manera de representar, la intensidad de la acción, el poder de la mímica, arrebatában á los espectadores. En la escena todos rodeaban á Bernardino para felicitarle. Pero éste, sentado en una silla, no veía ni oía nada. Decía muy quedo, como un niño que está sufriendo:

—¡Estoy mal!... ¡Estoy mal!...

Y se ponía la mano en la frente pálida y ardiente, cubierta de finas gotas de sudor. Creyeron que estaba cansado, y se alejaron de él. Se quedó casi solo en la fresca sombra de entre bastidores, con la mirada fija, dominado de nuevo por su alucinación de otros tiempos. Cuando volvió á salir en el tercer acto, estaba completamente poseído.

El éxito aumentó aun más, llegó hasta el entusiasmo. Y es, en efecto, que cuanto más adelantaba la pieza, más se abandonaba Bernardino á su exaltación irracional. Le daba vida realmente al crimen de Rueil, con todos sus espantosos detalles. Pasaba por las mismas fases psicológicas que antes. Volvía á ver á su hermano y su cuñada. En cuanto al desventurado Dalbert, se convertía para él en el amante de Albertina, el que deshonoraba á su familia, el ser que había que matar. Nadie podía darse cuenta de lo que pasaba por el cerebro de Bernardino. Era algo como un delirio en frío, creciendo en un cerebro de loco.

Y sin embargo, parecía que gozaba de todas sus facultades, que era dueño de sí mismo. Representó el principio del cuarto acto como un artista consumado. Había una escena contenida, pero violenta en el fondo, entre Dalbert y Bernardino, en que éste estuvo admirable por su calma y su ironía. En seguida se reanudaba el drama con una brutalidad salvaje. No habiendo permitido la censura que se cometiese el asesinato á garrotazos, los

autores procedieron de otra manera. Mientras Juan Morel y Albertina sujetaban á la víctima inmóvil sobre una mesa de mármol, Bernardino la estrangulaba con una cuerda delgada. Fué horrible de verdad. Bernardino se precipitó sobre Dalbert con tal ira rabiosa que arrancó al público cuatro salvas de aplausos. Le echó el lazo al cuello de la víctima y apretó con violencia. Se oyó un grito ahogado, un ronquido, y nada más. Bernardino permanecía de pié en el fondo del teatro, lívido, temblando, dando dientes con dientes, cayéndole el sudor por el rostro inmóvil y blanco. Hubo un instante indescriptible. La sala frenética gritaba:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Algunas mujeres se desmayaban, algunos hombres encontraban que era llevar muy allá el realismo. El telon bajó bruscamente cuando nadie lo esperaba. Se oyó que corrían por la escena, el abrir y cerrar de puertas, luego gritos. Un malestar inconsciente se apoderaba de todo el mundo. Ya se preguntaban de asiento en asiento:

—¿Qué significa eso? ¿Qué ha sucedido?

Circuló el rumor de que se buscaba al médico del teatro. Estaban formándose grupos en los pasillos cuando el telon subió lentamente y el director se presentó, vacilando, lívido.

Con voz entrecortada, mascando las palabras, hizo el anuncio terrible siguiente:

—Señoras.... señores.... acaba de suceder una gran desgracia.... El señor Bernardino Morel ha ahorcado á nuestro compañero Dalbert....

ALBERTO DELPIT.

## Antes de la boda

### I

#### DE LAS AMONESTACIONES.

**A**NTES de casarse es necesario tratarse. El novio y la novia, generalmente, *se tratan* bien; sobre todo, si el primero ha hecho entrever la posibilidad de convertirse en marido.

No sé por qué, aunque lo he pensado varias veces, ha escrito la Iglesia los Sacramentos en el orden siguiente:—El primero, Bautismo; el segundo Confirmación, y así sucesivamente hasta el Matrimonio, que lo coloca el último; despues de la Extrema-unción.

¿Es casual el orden con que los presenta á la consideración del cristiano?

Repito que no lo sé; pero creo que merece meditar.

Pero, continuemos hablando de los requisitos.

Es indispensable, ó cuando ménos es muy comun, haber hecho una temporada lo que se llana vulgarmente el *oso*; lo cual no creo que sea muy difícil, especialmente para los madrileños, que son de su misma villa, por no atreverme á decir paisanos.

Despues necesitáis entrar en la casa, si la tiene, como es de suponer, la persona en quien habeis puesto los ojos.

Es imprescindible que toda la familia os haya examinado física y moralmente, con la mayor detención; pasando su investigadora mirada desde vuestra nariz hasta vuestros juanetes.

No debe quedar una amiga, ni un amigo, de vuestra futura, que no haya dicho si le pareceis bien, ó mal, ó así así.

Teneis obligación de participar á la familia las dimensiones de vuestra bolsa, para que sepan si podeis sostener á la niña con el decoro que se merece.

No teneis más remedio que decir de quien sois hijo, ó de quien creéis serlo, y en qué se ocupan vuestros padres, y hasta vuestros parientes, hasta la cuarta generación.

Esto, sin perjuicio de que *ellos*, es decir, los padres ó parientes de *ella*, averiguen por *bajo de cuerda*, como se sueie decir, todo lo que les quieran referir de vosotros y de vuestras costumbres, los amigos de confianza, que son, segun una señora amiga mia, de quienes más se debe desconflar.

Todo esto es necesario, para que no os caseis de *golpe y porrazo*, como hacen algunos; método que no os aconsejo, porque es muy propenso á lesiones morales y corporales.

Despues de cumplidos todos estos requisitos, la familia consiente. Y digo la familia, porque yo supongo que no vais á casaros con una inclusera.

Y nosotros, me diréis, ¿qué requisitos debemos exigir ántes?

¡Exigir! el verbo es demasiado fuerte; pero si os halláis en situación de poder exigir algo, si el amor, ó el interés, ó el temor de vivir solos, no os dominan, exigid, exigid sin miedo, que al fin y al cabo todo es poco.

Tened muy presentes las observaciones que he tenido el honor de presentaros en el capítulo anterior; decidle á vuestra imaginación que os sugiera otras muchas; decidsele con cariño, con interés, con mucho interés, y despues de haberlas puesto en práctica, con la mayor reserva por supuesto, entónces, si estáis decididos, yo ¿qué le voy á hacer? ¡Que Dios os haga muy felices!

Quedamos, pues, en que la familia consiente; y digo otra vez familia para comprender en una palabra á los padres, abuelos, tíos, hermanos, tutores, ó quien quiera, bajo cuya potestad esté *la niña*.

Habeis gustado: os reciben con palmas, como á Jesucristo en Jerusalem; vuestros parientes y vuestros amigos os dicen que os *conviene*; pues adelante, que mucha desgracia habia de ser, si terminaseis como Cristo, entre os ladrones. Vuestra mujer y un amante: *pongo por caso*.

Pero ¿y si la familia no consiente? Si el consentimiento paterno, requisito indispensable, se os niega bajo el pretexto de que sois republicano, ó tenéis demasiados granos en la nariz; ¿qué hacer en este caso?

El autor de este libro daría media vuelta; previendo que lo que opina entónces la familia, podría opinarlo más tarde el ángel de sus amores, y se volvería muy tranquilo y muy soltero á su casa.

Pero, ¿y si ella se empeña? ¿Si ella os dice que os ama, y os lo jura y está, como suele decirse, dispuesta á saltar por todo?

El autor, en vez de volverse á pié, tomaría un coche, para llegar antes á su casita.

Pero, ¿y si nosotros la amamos? me diréis algunos. ¡Si ella es tan buena, tan cariñosa, tan inocente, que no hay otra como ella! ¿Y si el padre es muy raro, y la madre más, y la pobrecita *niña* es víctima de sus rarezas, y está ya tan harta de sufrirlos, que no puede más?

En ese caso, amigos míos, vuelvo á deciros lo que antes; ¿yo qué le voy á hacer? ¡Que Dios os haga muy felices! Pero, hacedme el favor de apuntar en vuestra cartera la siguiente máxima, y despues marchaos á donde gusteis:

—«La que dice á su novio, en confianza, por supuesto, y con la mayor reserva, que está harta de sufrir á sus padres, se hartará pronto de sufrir á su marido.»

Resulta, pues, de todo lo que hemos hablado, que estais decidido á casaros: que *ella* no puede ser mejor, y que de un modo ú de otro, bien sea saltando por todo, ó sin saltar por nada, arreglais los *papeles*, como dice el vulgo, y os resignais con mucho gusto, á que en la misa mayor participe un sacristan á todos los fieles que haya aquel día en el templo, los cristianos propósitos que os animan. Por supuesto, con aquel tonillo de indiferencia que todos habeis escuchado.

El requisito de las amonestaciones se ha cumplido: si sois rico, en un solo día; si no quereis gastar, ó no podeis, en tres, para que lo sepa más gente; lo cual es más moral y más económico.

Además, algun amigo que otro, vuestros padres, y acaso algun pariente, os *amonestan* tambien, diciéndoos que lo penseis con calma, porque aún estais á tiempo de arrepentiros.

Pero, por lo general, á semejantes alturas todo el mundo se encoje de hombros; y si alguno *sabe algo*, que debiera deciros, se lo calla, para evitaros un disgusto; con lo cual falta á la amistad y al honor, y cumple

con esa costumbre establecida entre personas decentes, que consiste en dejar à cada cual que se rompa la crisma como mejor le parezca.

Ya solo falta comprarle un vestido à la novia; alquilar y amueblar una casa para vivir en ella; preparar una comida, buscar un cura, unos padrinos, unos testigos, y unos cuantos amigos de ambos sexos para que coman à vuestra salud, y hagan votos por vuestra felicidad, con objeto de que sea más completa.

Todo esto se encuentra sin mucho trabajo; y à esas personas se les da el nombre genérico de *personas que intervienen en el matrimonio* porque debo advertiros, que en el matrimonio interviene tanta gente, que casi puede decirse que los que ménos intervienen son el novio y la novia.

Al fin ha llegado el día. La temperatura es apasible, el sol brillante, y os despertais sabiendo que os esperan en una iglesia ò en una casa, si es que os casais à lo gran señor. ¡No hay más remedio que levantarse!

Y, sin embargo, aquella mañana la cama os *sabe* perfectamente. Ganas os dan de tirar del cordón de la campanilla, para que os entren el chocolate, como todos los días; pero os acordais que teneis que recibir en ayunas à vuestra esposa, y conteneis aquel feo impulso de vuestro estómago.

Por fin, haciendo un esfuerzo, apartais de vuestro cuerpo, todavia libre, la blanca Holanda que lo cubre, y saltais del lecho tiritando, si es invierno, ò perezosamente lánguido, si es verano.

Supongamos que habeis dormido bien aquella noche; aunque algunos duermen mal, y suelen tener pesadillas; de esas en que cree uno que se cae à un pozo, ò que lo coge un toro de cinco años; pero yo supongo que no habeis soñado nada de eso, ò que si habeis tenido algun sueño, ha sido venturoso y tranquilo, como el que más.

Os habeis vestido sin contratiempos; las botas no os aprietan; no ha saltado ningun botón de vuestra camisa; vuestros cabellos han obedecido al peine y se han doblado à vuestro gusto, sin rebelarse; vuestro reloj, indiferente à todo, marca la hora prefijada; tomais vuestro sombrero, y sin ponéroslo al revés, como sucede algunas veces, salís de casa y llegais à la iglesia ò al domicilio donde va à celebrarse la boda, sin encontrar ni un solo tuerto en el camino.

Todos están en sus puestos: despues de unos cuantos saludos y unos cuantos apretones de manos, ocupais gravemente el lugar que os pertenece, al lado de la que va à ser vuestra eterna compañera.

El sacerdote da la voz de «vamos!» ò no la da, y echa à andar hacia el templo, si es que os casais en la iglesia, y, por lo tanto, os hallais en la sacristía. Si os casais en casa de la novia, viene à suceder, sobre poco más ò ménos, lo mismo: el hecho es que salís procesionalmente, llevando delante al cura y al acólito, à vuestra novia à la derecha, los padrinos al lado y los testigos detrás. ¡No es posible escaparse! Al fin os arrodiillais sobre blando almohadon de terciopelo; bien relleno de lana ò plumas, para que no clavéis las rodillas en el suelo durante la ceremonia, y os den intenciones de levantaros y marcharos à vuestra casa. El sacerdote os casa à *macha martillo*, es decir, sin comerse una palabra siquiera, para que no os quede duda de que estais bien casados; la novia llora un poquito, como es de cajón; vosotros, no sabiendo qué hacer, si llorar ò reír, os retorçais preocupado las guías de vuestro bigote, ò la punta de la nariz si no tenéis pelos en la cara; por fin termina la ceremonia, y comienzan los besos y los abrazos. Todo ha salido perfectamente. Hasta tenéis la suerte de que ninguno de los convidados se llama Judas.

Despues de la ceremonia, à la mesa; despues... unos toman el tren y otros toman la palmatoria.

El sol se ha ocultado y ha salido la luna. A esta luna ha convenido el mundo en llamarla de miel; no sé si por lo dulce, ò por lo atractiva que es para los zánganos.

Sea lo que quiera, el autor aprovecha este momento para descansar un instante, y dejar consignadas las siguientes observaciones:

1.ª «La mayor parte de las hombres creen que el amante concluye cuando empieza el marido. Es un error. El marido, desde que sale de la iglesia, debe ser el primer amante de su mujer.»

2.ª «El marido debe prolongar la luna de miel todo lo posible. No

solo por lo que tiene de miel, sino por lo que tiene de cuartos. Cuando la primera se vaya eclipsando, debe procurar que no suceda lo mismo con los segundos. Porque, en cuanto se acaba la miel, y se concluyen tambien los cuartos, no queda más que la luna; y la luna, ya lo sabe todo el mundo, es un astro muerto, lleno de volcanes apagados.»

3.ª «El marido adquiere la propiedad de su mujer, y para que sea más sagrada, la ley y la Iglesia la inscriben en sus libros, con objeto de que conste siempre. Desde entónces, el marido tiene derecho à percibir todos los frutos; pero tiene obligacion de pagar tambien todas las contribuciones.» Nota importante: «Los solteros se encargan, siempre que los dejan, del cobro de las indirectas.»

4.ª «Hay quien vive con la suegra, y tambien, quien muera con ella. «Para ello es necesario mucho talento, mucha paciencia, mucha necesidad y mucha àrnica.

«Sin embargo, para hombres de privilegiado ingenio, tener en casa à a suegra, es tener un cerrojo más en la puerta.

«Estudiar en la fisonomia de ese cerrojo, si la mujer ò algun amigo le han dado aceite, es un problema de herreria no muy difícil de resolver.»

5.ª «Sucede à las mujeres con los amantes, se entiende, à las pocas que se permiten ese lujo, lo que à los hombres con el tabaco. Estos vacilan antes de fumar el primer cigarro: el primero suele marearlos, y tambien el segundo; pero en acostumbrándose, cuanto más se fuma, más se quiere fumar.

«Al principio, se fuma à escondidas de los padres y de la familia: más adelante, en cuanto se pierde la vergüenza, hasta se hace alarde en público.»

6.ª «De la mayor parte de las caídas de las mujeres casadas, tienen la culpa sus maridos. Unas veces, porque les dan pié para que tropiecen, y otras, porque no les dan la mano oportunamente para que se levanten.»

## II.

### DE LOS ESPONSALES.

Otro de los requisitos que preceden al matrimonio, y no debe dejarse sin mencionar, es el de los esponsales.

A estos se les define diciendo, que son *la promesa de futuro matrimonio*.

Los esponsales son de dos clases; *públicos* y *secretos*. A los primeros acompañan las formalidades que la ley tiene establecidas, y por eso no las apunto; porque allí están consignadas en letra muy clara y perfectamente legible, para que cada cual las examine, y no se equivoque ni tartamudee al celebrarlos.

A los segundos, es decir, à los esponsales *secretos*, que son los que celebran todos los enamorados, sin avisar à nadie para que figure como testigo, tal vez por no molestar, acompañan menos formalidades; pero siempre algunas, que no debo pasar en silencio.

Esta clase de esponsales, se celebran en cualquier parte y de diferentes maneras; pero la esencia es siempre la misma.

El *juramento*, sin trabas ni restricciones de ninguna clase. Cuando se está enamorado, por mucho que se jure, siempre parece poco. Generalmente se jura cariño eterno, poniendo por testigos à Dios, à todos los Santos y à un algunas veces, no siempre, à las once mil vírgenes.

Es de uso muy frecuente celebrarlos de palabra, bien sea en el paseo ò en la tertulia; mientras se juega à la loteria, al burro, à la peregrina, ò à la treinta y una; ò entre los agitados y convulsivos movimientos de un vals, ò los lánguidos y perezosos de una habanera.

Hay quien los celebra delante, ò detrás del ventanillo de la puerta de la habitacion de su adorada; ò sentado cómodamente en la butaca de un teatro; y tambien, y estos son los más numerosos, en los íntimos asientos de los anfiteatros, ò del paraíso.

Más de cuatro veces, mientras el tenor se desgañita, con el puñal clavado en el corazón, ò la primera dama bebe resignadamente el veneno, con la misma tranquilidad que si bebiera un vaso de horchata, habréis visto à una jóven pareja mirarse embelesada; con la sonrisa en

los labios, el carmin en las mejillas, y todos los resplandores del relámpago en los ojos.

El tenor muere, entre tanto, valientemente, retorciéndose como la gartija pisada por la férrea suela de zapato gallego: la triple se desploma sobre el escenario, teniendo cuidado de que se le vea el pié calzado á maravilla; los espectadores aplauden frenéticamente, la cortina cae, y, *sin embargo*, la feliz pareja no se toma la molestia de dedicar un aplauso á los pobres artistas; como si no tuviese oídos ó careciese de manos.

Entonces, si teneis la suerte ó la desdicha de contemplar semejante cuadro, no vaciléis; aproximáos bonitamente al espectador que tengáis al lado, y decidle:—«Caballero: ¿ve Vd. aquell os dos? Parecè que están en el teatro; pues no hay tal cosa. Están celebrando uno de los actos más importantes de la vida; están firmando sus esponsales.»

También hay quien los celebra por escrito.

El papel que se usa es de varias clases, pero ninguna tiene el sello del gobierno, como si no lo necesitasen para nada, ó la palabra *gobierno* les repugnara. Sin embargo, hay varios timbres muy en moda; desde las iniciales de los contrayentes, enlazadas como por un grabador epiléptico, hasta el corazón atravesado por traidora flecha y destilando sangre.

Generalmente, esta clase de documentos se redactan con mala ortografía; y á pesar de ello, suelen ser leídos millones de veces, con el mayor embeleso, y aun algunas refrendados con ósculos.

En otras ocasiones van acompañados de presentes, á modo de *arras*, siendo muy frecuente el consabido mechón de pelos, ó de cabellos, que para muchos viene á ser lo mismo, y la tradicional fotografía, hecha expresamente en la posición más sentimental que se encuentra.

Comunmente, *ellos* se retratan con un puro en la mano, como para indicar el fuego y la *pureza* de su amor; y *ellas* con una flor sobre el pecho, que muchas veces suele ser de trazo; la flor, se entiende.

En caso de no verificarse el matrimonio, casos que son muy frecuentes, se devuelven mutuamente los novios los referidos adminículos. Y si, por casualidad, se ha extraviado alguno, como, por ejemplo, los cabellos, nunca faltan discreto amigo ó reservadísima amiga, del mismo pelo ó cabello que los extraviados, que se presten voluntariamente á dejarse cercenar unos cuantos; cuya falsificación hasta ahora no tengo noticia que haya sido descubierta ni castigada.

Hay más: estas falsificaciones no solo están muy en uso, sino que cada día van en aumento, porque hay la fortuna que el pelo, no pasando de la categoría de rizo ó *mechón*, acostumbra á no tener sexo.

También se llaman, aunque impropriamente, esponsales públicos, los celebrados por esas parejas que, seguidas de una mamá, pasan años y años paseando por todas partes y asistiendo á todos los teatros, sin encontrar nunca día á propósito para casarse.

Finalmente, de los esponsales secretos á los públicos, legalmente hablando, no hay más que un paso. Este puede ser bueno ó malo, como todos los pasos. El único inconveniente que hay para atreverse á darlo, es que hasta mucho después de celebrado el matrimonio, no se conoce si ha sido lo primero, ó lo segundo; es decir, bueno, ó malo: y ya se sabe que, para evitar las consecuencias que origina el dar un mal paso, lo primero que debe hacerse es acudir á tiempo con la medicina.

Aquí por desgracia, cuando comprende uno que se ha hecho daño, es ya muy tarde para llamar al médico.

NOTA.—Para firmar los esponsales, *ellas* prefieren generalmente el papel llamado de *barbas*.

CONSTANTINO GIL.

## POR LAS MAÑANAS

Y POR LAS CALLES

**L**ECTOR, sacuda usted la pereza y véngase conmigo á las seis de estas mañanitas de Abril á dar una vuelta por las calles de la villa en que usted y yo dormimos.

Lo mismo dá ó dá lo mismo que tiremos á la derecha que á la izquierda, que vayamos por aquí, por allá ó por acullá; en to-

das partes, es decir, en todas las calles y callejuelas acontece poco más ó menos lo que vá usted á ver en esta por donde vamos.



Ya lo vé usted; una docena de perros que se disputan un troncho de berza, ni más ni menos que nos disputamos nosotros un pedazo de pan. Los mandan de las aldeas y de los caseríos vecinos, como mandamos nosotros á nuestros hijos al Instituto, á estudiar.

A aquel; hablo del perro, que vá con el rabo entre piernas, le han dado que *sentir* para ocho días, nada más que porque se llevaba un kilogramo escaso de carne de aquella carnicería que acababan de abrir.



A tiempo llega una maritornes para que cargue con la carne que llevaba el can; no está muy limpia que se diga, la tajada, porque ha poco se rebozó con el polvo y con algo más de la calle por donde no ha pasado aún la barredera, pero aparte de que lo que no ahoga engorda, ya saldrán las menudencias esas—si es que no quedan dentro—al borde del puchero, cuando hierva.



¡Cuerno! Ya me han dejado chato para hoy y para mañana y quizás para toda la semana.

La puerta de esta tienda que se ha abierto, que la han abierto quiero decir, como empujada por un fuerte huracán, acaba de darme á conocer que la policía duerme hasta las ocho de la mañana, por lo que tenemos tiempo sobrado para ver cómo los muchachos echan piedras á los árboles, á caza de abejorros: *cochorros* los llaman por acá.

¡Auda! ya ha roto aquel una rama; pero qué vale una rama, siquiera descienda del árbol del Paraíso, en presencia de media docena de *cochorros* que han rodado por el suelo pegados á ella?



Observe usted cómo lleva la jarra de leche esa muchacha; como todas, todas sin excepcion la llevan lo mismo. Podría muy bien lavarse las manos con ese suave líquido, pues no hay nadie que se lo impida, y sin embargo se contenta con mojarse sólo el dedo pulgar; no digamos que lo tiene muy limpio, pero á bien que la leche hará desaparecer la porquería que se anida entre dedo y uña y ¿quién sabe si los amos de esa maritornes elogiarán hoy la leche por lo sustanciosa?



Allá vá aquella otra con el plato apoyado fuertemente contra el pecho; verdad es que el vestido que lleva puesto no se ha lavado, en agua se entiende, desde que se lo puso por primera vez, que fué cuando vino á servir, hace cuatro años, y que con ese vestido hace todos los guisotes, y barre la escalera, y friega ésta y algunas otras cosas más, que es escusado nombrar, pero eso nada implica para este caso concreto, porque el plato se ha hecho para ensuciarle y además la grasa y la manteca con que se impregna, podrán muy bien servir de salsa sustanciosa para la carne que vá á depositarse en su fondo.



Esta que viene aquí con los ojos medio cerrados y el pelo como un erizo, no se ha lavado, ni aun siquiera se ha quitado las

lagañas, las *pistas* quiero decir, pero aún está á tiempo de hacer ambas cosas y algunas más.

Mire usted con qué modito se lleva la mano á los ojos, y se la pasa por las narices y se rasca la cabeza, mientras sostiene dos panecillos para el chocolate, *foles* que los llamamos nosotros, la llave de la puerta y la bolsa de los cuartos, con la otra mano. Vaya, ahora le toca el turno á la mano izquierda, y hace la derecha lo que hacía aquella anteriormente. Me gusta esa muchacha, por lo bien que sabe distribuir el trabajo. Ella no será limpia, pero tiene la franqueza de dar á conocer que es *cochinita-tem suam*.

Si ha creído usted que se han hecho las aceras de las calles para que transiten por ellas los vecinos libre y desembarazadamente, á la vuelta de una esquina se convencerá que son más apropósito para que un aprendiz de zapatero y una fregona estén haciéndose el amor, por todo lo alto, á pié firme, sobre ellas.

Mire usted: ahí los tiene más tiesos que la estatua del comendador. No vaya usted á figurarse que se echan á un lado cuando pasa alguien por donde ellos están; no, nada les distrae de la grave conversacion en que están embebidos.

Repare, repare usted cuánta es la distraccion de la maritones que deja verter la leche de la jarra que tiene en la mano, sin caer en cuenta de lo que pondrá en la idem. A bien que no se pierde todo, porque ese perro aldeano, que anda á caza de descuidos, se dá un atracon de órdago.

Luego, cuando esta tarde pida la señora de la casa una jícara de chocolate, habrá que hacerla con agua, porque se ha acabado la leche. La picara de la lechera ha debido darla mal medida.

¡Ach! Vaya que el polvo que levanta esa ciudadana al barrer la tienda y la acera que coge el frente, en vez de echárselo á uno á los piés, con solo que vertiera un poco de agua, se lo echa puro y sin falsedad, á las narices.

¿Qué es esto? He sentido sobre la cabeza, esto es, en el sombrero; el ruido de un grave que ha chocado contra él. Efectivamente, aquí veo un *apabullo*. ¡Ah! Vamos, ya comprendo la causa de ese efecto. Aquella doncella de labor, que sacude la alfombra con brios más que suficientes para hacerla trizas, ha debido arrojar algun objeto recogido al acaso en la bayeta.

¡Ja ja! Allí le veo, en el suelo, al cuerpo del delito: unas tijeras que, si como cayeron por el mango caen de punta no soy yo quien lo cuenta.

¿Otra? ¿Qué es lo que me ha pegado en la punta de la nariz ya dolorida? ¡Ah ya! un mendrugo de pan duro, que ha arrojado otra *dueña* de la casa de enfrente, al sacudir una sobremesa. Lo ha cojido el perro aquel, antes que cayera al suelo.

¡Jesús! como me han puesto estas migas de pan, y recortes de papel y motas de mil colores! Tal jaleo traen con las alfombras, y las sobremesas, y los taburetes y las sillas que sacan al balcón! Parece un fuego graneado segun los ruidos que se oyen.

¡Duro, duro, hijas! Así como así no faltará quien lo pague, y bien mirado las cosas no son para siempre.

Vámonos de aquí, vecino amigo, vámonos de aquí; pero observe usted al pasar á esa aldeana que está en ese portal trasegando la leche de una jarra de hoja de lata á otra de barro.

¿Quiere usted saber lo que hace? Casi nada: sencillamente el milagro aquel de los peces y los panes, porque hace de una jarra, dos. Ha comprendido que hoy hay gran demanda en el mercado, por lo que la leche *casi* pura que traía para los parroquianos que

pagan un cuarto más en cuartillo, la hace tan *ligera y corriente* como la otra que tiene para la venta al menudeo. ¡Viva la igualdad!

No pare usted la atención en los «churros» que vende esa prójima, porque con solo que se detenga usted á ver cómo los come aquel granuja, es más que probable que tenga usted una indigestion.

Ni trate usted de averiguar si esas dos que parecen doncellas de labor ó *dueñas*, si le parece mejor, vienen ó no de misa.

Ellas, como usted ve, llevan mantilla, rosario y libro, pero ó yo me equivoque mucho ó mientras usted escuchaba los piropos que se echaban las mujeres aquellas que querían ser las primeras en coger el agua de la fuente de la plazuela de Santiago, y miraba todo ojos por si se cascaban las liendres, - que es posible lo necesitaran—yo recuerdo que vi pasar á esas *dueñas*. . . . de sus acciones, por frente á la puerta de la iglesia y no recuerdo que entraran en ella aunque si recuerdo que hicieron la señal de la cruz y se pusieron bajo el pórtico á confesarse con dos que, sinó son sastres, deben conocer el paño. Luego despues vi que se fueron juntos los confesores y las pecadoras, sin duda á cumplir la penitencia, y ahora vuelven como si hubieran estado en misa, contritas y devotas.

Ahí tiene usted á esa que pasa por tal y puede ser que lo sea: mire usted cómo se santigua al salir de casa: es que echa los enemigos malos del cuerpo y de la memoria: arriba queda el marido, esperando á que vuelva su muger para que le hagan el chocolate que su cara mitad guarda en un armario, de cuyas llaves no se separa.

Y no quiero llamar su atención de usted sobre otras miserias humanas, como la de aquella que registra con un palito de vez en cuando y casi siempre con la mano, la basura arrojada en monton por una hacendosa maritornes, á ver si encuentra un trapo ó un pedazo de papel que reunido á otros mil pedazos de papel ó trapo, le valgan para comprar el pan que hoy comen ella y sus hijos.

Ni aquel otro que sale de la tienda donde venden jabon, velas y otros comestibles como aguardiente. Pase usted por alto si vé que se seca los labios con el revés de la mano, y si vé que vuelve á entrar en el templo del espíritu puro acompañado de un amigo ó conocido con quien ha tropezado. Probablemente ese prójimo tropezará hoy con todo bicho viviente ó con un adoquin cualquiera.

Basta ya, que son las ocho, hora en que la policia urbana entra en pleno goce de sus funciones. Hasta otro dia, que si no está usted cansado, haremos juntos, lector amigo, otra expedicion que le agradará más que esta.

ARGOS

## PASATIEMPO

GUIBOLLARD quiere comprar un teléfono.  
—Pero, pregunta al empleado, ¿es de uso difícil?  
—Oh! no, señor, todo el mundo puede hablar por él.  
Entónces Guibollard agrega sentenciosamente:  
—Todos los mudos deberian tener uno!

Un reincidente incorregible se presenta ante el juez correccional.

El juez le pregunta:

—¿Teneis algo que agregar en vuestra defensa?

—Sí, señor juez... Ya he sido condenado doce veces y como el número *trece* es portador de desgracias, solicito con confianza mi absolucion.



Calino ha hecho fortuna, lo que no le impide ser siempre económico. Há oido decir que el Sr. X., un rico banquero, cuando viaja en ferro-carril, toma siempre dos asientos á fin de poderse estender durante la noche.

No queriendo ser ménos que el banquero, Calino toma tambien dos asientos, pero por economía, toma uno en primera y otro en segunda clase.



Ecós del tribunal correccional.

El presidente lo interroga con tono severo.

—En fin, ¿no teneis profesion?

—Perdon, tengo una.

—¿Cuál?

—Busco la direccion de los globos.



Una riquísima equivocacion.

Un médico envia con uno de sus criados una caja de pildoras á un enfermo y un cajon conteniendo seis conejos vivos á uno de sus amigos.

Desgraciadamente, el criado se equivoca y entrega el cajon al enfermo y las pildoras al amigo.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente la estupefaccion del paciente cuando, con los conejos, recibe la siguiente prescripcion: «Tragar dos cada media hora».



Un especulador arruinado se presenta ante un banquero muy conocido y, desesperado, le pide un empleo:

—Señor, dice con voz conmovida, soy un veterano de la Bolsa, he tomado de todos los valores que habeis emitido.

El banquero lo mira de la cabeza á los piés y le dice friamente:

—Lo haria con mucho gusto... pero, qué quereis, tengo necesidad de empleados inteligentes.



Un parroquiano entra en un café:

—Digame, *garçon*, ¿el señor Snob ha venido?

El *garçon* reflexiona un instante y dá la siguiente contestacion épica:

—No os lo podria decir, señor, conozco á ese señor de vista, pero no de nombre.



Un cura, procediendo al exámen de los niños que se disponian á hacer la primera comunión, interpela así á un infeliz:

—Veamos, Pedrito, dime que dia murió Jesu-Cristo.

—No sé, responde el muchacho, sé solamente que estuvo enfermo.

El señor cura no lleva adelante el exámen de Pedrito y lo declara incapaz de hacer ese año su primera comunión.

La madre, desolada, irritada, insta vivamente por que no suceda así.

—Imposible, responde el cura, vuestro hijo ni siquiera sabe cuándo murió Jesu-Cristo.

—No es extraño que no lo sepa, responde la madre; las pobres gentes como nosotros no pueden leer las novedades.



En el pueblo de X... no hay maestro y ha sido habilitado como tal un pobre hombre que apenas sabe leer.

—¿Y produce algo la escuela?—le preguntamos al maestro, y este respondió:

—Apénas da para comer: la mayor parte de las familias me pagan en grano.

—¿Y qué granos da el país?

—Cebada solamente.



Estando acostado un matrimonio, oyeron un gran estruendo dentro de su casa; el marido se levantó sobresaltado y vió que la causa del estruendo era el hundimiento del techo y la caída en su sala de los habitantes del piso superior.

—¿Qué es eso, qué sucede?—gritaba entre tanto la mujer desde la alcoba.

—Tranquilízate, mujer—respondia el esposo; es una lluvia de vecinos.



Vivia pared por medio de un amigo mio un matrimonio que pasaba casi toda su vida disputando y dándose de golpes.

—Dispéñenos V.—le dijo un dia el marido, á quien encontró en la escalera. Comprendo que no le dejaremos dormir.

—Todo lo contrario—respondió mi amigo sonriendo:—estoy ya tan acostumbrado, que la noche en que no riñen Vds., no me duermo.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 18

### FUGA CAPRICIOSA DE LETRAS

*No iré más al sermón, que irreverente,  
Mientras el padre cura predicaba,  
Yo con tal insistencia la miraba,  
Que lo notó el buen padre desde enfrente.*

*—No á ver á Dios, exclama de repente,  
Alguien viene á la iglesia; y señalaba  
Hacia el banco en que yo sentado estaba,  
Quitando devocion á mucha gente.*

*—El que no venga á orar, puede marcharse,  
El cura con tal ira repetía,  
Que, por poco, por poco, llega á ahogarse.*

*Yo pensé, y algún otro pensaría:  
Si hacemos lo que él dice, va á quedarse  
La santa casa del Señor vacía.*

### PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 5 TR	P 4 CR
D 7 AR	A 2 AD
D 3 CD	Cualquiera
D 3 D ó 7 CD (mate)	
1.ª Variante	
D 5 TR	P 5 AD
D 4 CR (jaque)	R 4 D
D 7 D (jaque)	R juega
D 7 C ó A 3 T (mate)	
2.ª variante	
D 5 T R	A 2 AD
R 2 R	A 5 AR

T 3 R (jaque) A toma T  
 D 5 R (mate)  
 3.<sup>a</sup> variante  
 D 5 TR A 3 CR  
 D toma A (jaque) R toma T  
 A 1 AD Cualquiera  
 D 2 CR (mate)  
 4.<sup>a</sup> Variante  
 D 5 TR P 3 CR  
 D 4 CR (jaque) R 4 D  
 T 3 D (jaque) R 3 A  
 D 7 D (mate)

Eduardin y El Duende nos enviaron la solucion.

**CHARADAS**

1.<sup>a</sup> Esparto—2.<sup>a</sup> Escándalo—3.<sup>a</sup> Pardiez—4.<sup>a</sup> Bono

Rafeto descifró la 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

1.<sup>a</sup> Trompeta—2.<sup>a</sup> Mastuerzo—3.<sup>a</sup> Tribuno—4.<sup>a</sup> Insulto

Las 4 las resolvió Rafeto.

**GEROGLÍFICO N. 18 Y SALTO DE CABALLO**

Los baños, los toros y la ópera, forman mi programa de todos los domingos

Fuè descifrado por O. S., La Ondina, Juan de Dios, Rafeto, Capitan, S., Ellano, y Pagavela.

**CHARADAS**

Es necesario á la tierra  
 Mi *primera* repetida,  
 Para que dé más producto  
 Para que tenga más vida.  
 Es parte solo del cuerpo  
*Segunda y tercia* reunidas,  
 Y mi *todo* no lo dudes  
 Es de jardines ó quintas.

**OTRA**

Yo no quiero la fortuna  
 Si me la dan, *cuarta y prima*,  
 Que sin perjuicio de nadie  
 Puedo ganarme la vida.  
 Suena tal cual como letra  
 La *segunda* de estas sílabas  
 Y *tercera* con *primera*

Es cosa de geografía.  
 Nunca verás á mi *todo*  
 A la clara luz del día,  
 Con que serás más que ducho  
 Si al instante lo descifras.

**FUGA DE VOCALES**

¿N.—h.s.—v.st.—lg.n.—v.z.—d.l.—r.y.—h.r.d.  
 D.sg.j.rs.—r.d.r.—c.dr.—g.g.nt.  
 Ll.nd.o.—d.—t.rr.r.—l.—c.m.n.nt.  
 .ntr.—l.s.—b.sq..s.—l.—z.r.—p.rd.d.?

**FUGA DE CONSONANTES**

¿i..e.—o.o.—a—o..o.a—e.—u—i.o  
 ..o.a—a—au.e.—ia—e—u—ie..o—a.a..e,  
 Y—o.o—e.—o.—e.j.e.—e.—u—i...a.e  
 E.—a.u.—e.—a—ie..a—e...e.i.o?

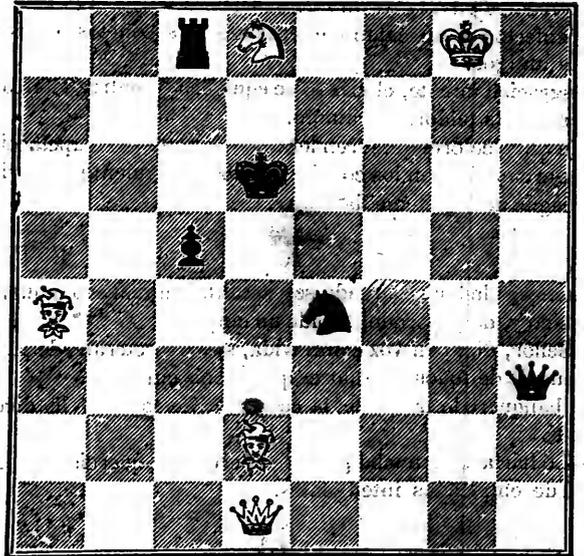
**FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO**

¿o.—i.t.—e.—f.n.—o.r.—e.—t.a.q.i.o.—i.l.  
 E.t.n.e.s.—l.s.—u.e.—p.c.—a.—o.o  
 .—d.—s.m.r.s.—h.r.o.—c.b.i.s.—o.—s.e.o?  
 ¿i.t.—e.—a.b.s.o.—u.—p.o.u.e.—l.—o.o?  
 .u.s.—e.e.—a.—u.—f.n.—t.—d.s.e.o,  
 .u.—s.—t.—n.—l.—h.s.—i.t.—y.—t.m.o.o

**PALABRAS DESCOMPUESTAS**

GAZREVUNE—RITALEOP—PISÁDO—PSNDIHO

**Problema de Ajedrez por Ignotus NEGRAS**



**BLANCAS**

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

**GEROGLÍFICO NÚMERO 19**

UN



RO



:



a' a